

EL CANTÁBRICO

POR LOS PESCADORES



Cuando la gigante y temida galerna se presenta revestida de ímpetu extraordinario en los mares de nuestra costa, oculta entre la obscuridad intensa de las primeras horas de la noche, como el último lunes, ó gallarda, rompiendo con los colores cárdenos de los nubarrones y con los soplidos de sus furias desencadenadas, la brillantez del sol y la alegre placidez de un mediodía de sábado de gloria como el de 1878, devastando cuanto encuentra en su carrera desbocada y causando clamor y agitada zozobra entre los pobres pescadores que, pensando siempre en el hogar, procuran sacar del mar el pan que allí hace falta, y entre los que desde tierra sólo piensan en los ausentes, prodúcese la escena más triste y desgarradora que pueda imaginarse quien tales hecatombes no haya presenciado.

Que un edificio se hunde y envuelve en sus escombros á infelices obreros; que un barrio se inunda con pérdidas de vidas y haciendas; que un devastador incendio, ardiendo el fuego en pompa, consume en pocas horas tres hermosas casas con parte de sus moradores; ¡cuántas y cuán justas lamentaciones! ¡cuánta solicitud por parte del vecindario que, en pleno, acude en ayuda de los afligidos! y por fin, ¡qué recuerdo tan perenne! qué impresión tan profunda se conserva de la luctuosa fecha!

Pues tales incendios, tales accidentes desgraciados, con desarrollarse en espectáculos que mueven las almas á heroicidades y desprendimientos generosos, no igualan en sus horrores á la tragedia de intensísima amargura que tiene por escena el ancho y embravecido mar, en donde, generalmente, no hay espectadores que presten guía ni auxilio; en

donde todos tienen que luchar á la defensiva cuando la mar hierve y se eleva agitada violentamente por esos golpes de viento, comparables por su desmesurada fuerza á los ciclones indicos, pero más peligrosos que ellos por su aparición repentina.

Digna es de unos momentos de meditación la afligida situación del pobre pescador que tripula débil y abierta lancha, cuando entregado en cuerpo y alma á sus faenas, levanta la vista del aparejo y al dirigirla, por costumbre previsor, á la parte Oeste del horizonte, apercibe horrorizado el escarceo que hacia él se acerca con arrolladora velocidad y oye el ruido siniestro del viento que lo produce. Valiente hasta la abnegación, pero atribulado porque en su conocimiento del mar, comprende que no cuenta con medios para la lucha, levanta apresurado, el pescador, los aparejos, ó los da de mano arrojándolos al mar; empuña jadeante los remos ó iza la pequeña vela que le conduzca al vecino puerto, cuando siente el crujido horrible y lastimero que, cual á criatura animada y temerosa, arranca á la embarcación el primer zarpazo del huracán. Apenas se ha dado cuenta de cuanto le ocurre, vése entre centenares de botes, lanchas y bateles que corren, vuelan, se elevan y se hunden á impulsos de la hirviente y espumosa mar, y atendiendo con esfuerzos sobrehumanos al timón, á la escota y á la driza, azotado por el viento que no le deja respirar y anegado y aterido, eleva su mente á Dios, con la fé que en el marino es tan grande como el corazón que la alberga; llama en su ayuda á la Virgen venerada en el santuario del pueblo, é invoca el santo nombre que se ostenta en la proa de su embarcación.

En una brevísima *dejada* del viento, respira con fuerza, y tendiendo rápida ojeada por fuera de su lancha, ve horrorizado cómo disminuyen las unidades de la flotilla infeliz, y observa que la vela que se divisaba cercana á barlovento, ya no se divisa más; que el bote que momentos antes se destacó en la cúspide de una ola, no ha vuelto á aparecer; que por todos los rumbos del horizonte se oyen gritos de angustia y lamentos de dolor, mezclados con frases y exclamaciones de esperanza de salvamento; y así llega, tras titánica epopeya, á la embocadura del puerto, en el que, después de recibir el golpe con que en la barra le despide, insaciable, el mar traidor, ve la multitud que sobre el muelle le espera; mujeres retorciéndose de dolor, niños con mirada asustada y anhelante, ancianos que enjugan lágrimas furtivas, y autoridades de todas clases que se mueven de acá para allá, condolién-

dose por las víctimas ya conocidas, y preguntando anhelantes por los que aun no han llegado, y como epílogo de la triste jornada, cuerpos inanimados con rostros que conservan la última contracción de la angustia infinita con que finalizó la vida de los pobres náufragos.

Cuando tamañas desgracias ocurren, manifiéstase la caridad oficial y particularmente; todos procuran consolar á los que sufren, todos acorremos en una ú otra forma á aliviar la situación de quienes perdieron el esposo, el padre ó el hermano; pero á excepción de contadas personas que han expuesto ideas y laudables iniciativas, que, al menos en su mayor parte, han sido relegadas al olvido, no se procura cuanto debiera hacerse, poner en práctica medios que eviten ó disminuyan el número de tales hecatombes.

Y es preciso que esas personas de reconocida competencia vuelvan á la carga con sus planes; es preciso que las autoridades presten su eficaz apoyo y se planteen medios y organismos que reglamenten, en cuanto sea posible, la vida del pescador, pues una buena organización en beneficio general y con iguales derechos y deberes, no puede considerarse como atentatoria á la libertad. Es preciso organizar de verdad las antiguas cofradías de mareantes, poniendo á su frente personas idóneas y desinteresadas, con intervención, si se cree necesario, de los Ayuntamientos, para velar por la vida de los pescadores y por el mayor producto de sus pescas; para establecer el fondo de reserva—que quizás no falten protectores—que les evite el hambre y la miseria en las épocas de temporales ó de escasez de pesca y les proporcione un socorro en los días de ancianidad.

El notabilísimo cuadro de Sorolla que tan á lo vivo manifiesta el poco aprecio que se da al trabajo del pescador, no redundará en beneficio de éste al producir su efecto en las almas sensibles, sino en beneficio del intermediario ó del acaparador. Al pobre *arrantzale* parece que le basta con llegar á tierra y pisar fuerte con sus altas botas, llevando un chiquitín al brazo y otro remolcado, después de dar un *codazo* de cariño á su compañera.

Antes de ahora se ha hablado de la idiosincrasia especial del marino; de esa independencia, de esa altanería, por decirlo así, que le hace refractario á cuanto sea organización y reglamento, creyéndose por intuición especial, exenta de vanidad y jactancia, superior al hombre terrestre, y en su aislamiento se ve privado de infinidad de recursos que pudiera proporcionarle, como proporciona en algunos puntos, la

perfecta agremiación. Al pescador de lancha no alcanzan los beneficios de la Ley de Accidentes, y su trabajo es más rudo y de mayor duración que el de los trabajadores de tierra.

Convendría también que estableciéndose semiforos en los principales cabos de la costa en que no existan, se encargasen los semaforistas, provistos de los aparatos meteorológicos conducentes, y con su observación eficaz de marinos, de predecir los temporales, estuviesen en comunicación directa—y continua cuando fuese necesario—entre sí y con el observatorio de Igueldo, pues aunque sea laudable la acción de éste por sí sólo, no puede dudarse que con los datos que suministrasen sus colegas de barlovento y los que por sí mismos obtuviesen las personas encargadas de la dirección de las cofradías, se evitarían muchas salidas temerarias, ó se ordenaría, á tiempo, la arribada al puerto, por medio de señales convenidas, cuando el temporal se iniciase después de estar las lanchas en el mar.

No he dicho gran cosa de notable, pero si ello sirve para que apoyándome ó enmendándome la plana, salga á luz alguna otra idea ó se agrupen personas competentes para tratar de lo que más convenga hacer, me consideraré satisfechísimo ofreciendo mi modesto concurso.

JULIAN DE SALAZAR.

San Sebastián, 30 Mayo.

